

Brillantisima conferencia del señor conde de Vellellano

Con creciente entusiasmo continuó celebrándose en las Escuelas de Palafox el ciclo de conferencias organizado por Acción Nacional Femenina. El domingo pasado, día 17, tuvo lugar la cuarta conferencia a cargo del ilustre prócer señor conde de Vellellano.

El salón resultaba insuficiente para contener la enorme concurrencia que lo llenaba totalmente desde sus horas antes de comenzar el acto, y muchas mujeres hubieron de situarse en los pasillos que dan acceso a la sala por ambas puertas. Se calcula que el número de asistentes a la conferencia sería de unas mil seiscientas.

El cuatro y media ocupó la presidencia el excelentísimo señor conde de Vellellano, y todas las señoras, puestas en pie, le hicieron obediencia una ovación clamorosa. El orador ocuparon asiento los señores de la directiva de Acción Nacional Femenina; el delegado de la autoridad; el infatigable propagandista y jefe de la palabra D. Conceso Coso, el distinguido redactor de nuestro semanario D. José M. Alvarez Martínez del Peral; el activo colaborador de ABC y de El Debate D. Germán Ojarreta, y el señor presidente del Comité provincial de Acción Ciudadana y Agraria de la provincia de Cuenca D. Rodolfo Montoya.

D. Carmen Page de Alique

Después de haberse levantado la señora Presidenta de Acción Nacional Femenina, para leer el discurso de presentación al público la saludó con una ovación salvadora de aplausos que se prolongaron luego con mayor intensidad al subir al estrado, previa la presentación del señor conde de Vellellano, D. Rodolfo Montoya Aparicio. En el salón había muchísimas madres de familia... y aplaudieron frenéticamente al Sr. Montoya. "Fue aquel un aplauso muy emocionante."

Alzándose en la imperiosa necesidad por razón de mi cargo, comenzó diciendo la señora Presidenta de Acción Nacional Femenina, de ser intérprete de los sentimientos de gratitud de Acción Nacional Femenina para con los señores oradores que nos honran respetablemente tomando parte en este ciclo de conferencias, parece que, cuando de la libertad que debe ser concedida a los encargados de estos discursos de presentación, ha de serme lícito romper la costumbre de testimoniar nuestro reconocimiento a los ilustres conferenciantes, para decir, dirigiéndome al orador y usando de una figura retórica, que no os damos las gracias porque habéis venido a honrarnos con vuestra presencia e ilustrarnos con vuestras enseñanzas, dándonos testimonio solemne de singular predilección, sino que antes, por el contrario, entiendo que sería cosa inaudita, que los soldados diesen gracias a sus jefes porque vieran a pasar la revista y a ver si cumplían con los deberes que les impone la Ordenanza.

A eso viene precisamente el excelentísimo Sr. Conde de Vellellano en medio de nosotros. Obedientes a la voz de nuestra conciencia, nos hemos congregado, nos hemos unido para formar el frente único contra los enemigos de la Religión, de la Patria, de la Familia, del Orden y de la Propiedad, y aquí estamos todas formadas en fila con las armas en la mano, aguantando el fuego del enemigo, sin responder hasta hoy, pero dispuestas a contestar un día y a emprender la ofensiva para dar a la Iglesia y a la Patria la paz, la gloria y el triunfo. Y el ilustre prócer, que hoy nos honra con su presencia en este acto, como ayer nos dispensaran el mismo honor los valientes caballeros del ideal que le han precedido en esta tribuna, viene a pasar revista a nuestras filas, como miembro del Consejo Central de Acción Nacional Femenina; viene a ver si cumplimos los deberes que nos impone la Ordenanza; viene a recomendar una obra que descansa en estas bases: en la unión en la caridad, en la obediencia a nuestros jefes, ante los cuales desaparecen todas nuestras voluntades, aficciones, deseos y compromisos de todo género, para uniros en lo esencial, en lo fundamental, a cuanto ellos nos mandan, ya que no han de exigirnos otra cosa que lo que convesga a los supremos intereses de la Religión y de la Patria. Suya será, por tanto, las responsabilidades si nos equi-

vacamos, como suya será la gloria si conseguimos el triunfo...

Y el triunfo está desconocido, porque contamos con la protección y auxilio de Aquel que todo lo puede y todo lo dispone con suavidad y fortaleza de extremo a extremo, y con instrumentos suyos tan escogidos como el Sr. Conde de Vellellano, que sabe que todo conocimiento, toda ciencia, toda filosofía, toda instrucción, toda salvación, se contiene y se resume en una palabra, en una palabra sola, pero en una palabra divina: el Crucificado... y por eso inspira todas sus enseñanzas en la Cruz, en la Cruz del Salvador del mundo, sobre cuyo Inri centellea el libro de todas las sabidurías, en esa Cruz tan indigna y odiosamente ultrajada y perseguida en nuestros días.

Por eso podemos calificar a priori de espléndida la conferencia que vamos a oír de labios del excelentísimo Sr. Conde de Vellellano, que ha de arrebatar y absorber sin duda nuestro ánimo, arrancándonos aplausos tan entusiastas y sinceros como los que, repetidas veces le tributó la numerosísima concurrencia que, en el gran salón de Belmonte tuvo la fortuna de oír a nuestro conferenciante que se destaca y distingue como uno de los oradores de primera línea, como ya se distinguió, siendo aún muy joven, al ingresar por oposición en el cuerpo técnico de letrados del ministerio de Gracia y Justicia, y al obtener luego, mediante brillantísimas oposiciones, la plaza de oficial-letrado del Consejo de Estado, y más tarde, como diputado, en sus intervenciones parlamentarias, siendo el vocero de los núcleos de opinión decididos adversarios de toda ficción política, y después en la dirección general de primera enseñanza, que desempeñó con notabilísimo acierto; y en la alcaldía de Madrid, organizando las brillantes fiestas del Centenario de Camoens, inaugurando la Necrópolis, el Matadero y el Instituto Central Municipal de Puéricultura; disponiendo la restauración del antiguo Hospicio, en el que creó el Museo Municipal; inspirando y llevando a la práctica el servicio de circulación; creando las primeras escuelas al aire libre en los Viveros de la Villa; como se distinguió, en fin, en la ciencia jurídica con los resonantes triunfos que obtuvo concurriendo con las primeras figuras del foro, y como escritor pluriérrimo en una multitud de obras tan destacadas como las que llevan por título: El problema del Mediterráneo en su aspecto internacional; Maura y la política internacional de España; La unión de las derechas, y otras muchas producciones de mérito sobresaliente.

Obra artística tanto como científica, vamos a contemplarla en su integridad, y ha de tener en sí propia cuanto necesita para su perfecta comprensión y cuanto nosotros necesitamos para nuestra instrucción. Familiarizado nuestro ilustre conferenciante con todas las grandezas humanas, y conceder, como pocos, del humano corazón, le veremos levantar sus pensamientos a tal altura, que la luz y claridad, que inunda su inteligencia, la energía y firmeza de su voluntad y la prodigiosa abundancia de impresiones a que por los graves acontecimientos de nuestros días vease obligada su sensibilidad, han de traducirse, al declarar lo que piensa y siente, en aquella noble majestad, en aquel vigor expresivo, en aquella naturalidad y sencillez inimitable, y sutil, en aquella galanura y lozanía de lenguaje que serán siempre la desesperación y tormento de quienes no posean, como nuestro ilustre conferenciante, el secreto maravilloso del bien pensar, que es el fundamento del bien hablar.

HE DICHO.

El conde de Vellellano. Todavía resonaban en el salón los aplausos con que la concurrencia premiara el trabajo de la señora Page de Alique, cuando se levantó en la tribuna el señor conde de Vellellano, siendo objeto de una gran ovación. El Sr. Conde de Vellellano inicia su discurso refiriéndose a las brillantes palabras de presentación de D. Carmen Page, y dice que si hay exageración en lo referente a merecimientos—pues son el homenaje con que se agasaja al forastero—hacen, en cambio, exactitud en lo tocante a la admiración, a la emoción que le produce ver una falange tan aguerrida y disciplinada.

Frente a ella no puede venir él, según lo que expresaba la señora Presidenta, como un capitán que acude a revisar sus fuertes, sino con idéntica satisfacción a

aquella que sentía nuestro gran Carlos I ante las huestes triunfadoras, que recorrían Giber, del capitán Leiva, y que le movieron a inscribirse en su tercio; yo Carlos de Gante, soldado del capitán Antonio de Leiva. Igual es lo digo que me consideraré honradísimo si me apuntáis como un soldado más de esta notable milicia.

Es tan nuevo el hecho de establecer contacto con las mujeres desde un punto de vista político, que el orador vacila y teme por sí no acierta a expresar sus sentimientos, su pensar. Para conseguirlo mejor desearía la figura de percepción de Benavente, que le permitiera establecer adecuada compensación con cada una a fin de llegar a algunas conclusiones prácticas.

En primer lugar afirma que la actuación de la mujer en la vida pública, sólo será eficaz apuntándose a los imperativos de esa venerable herencia que constituye nuestro patrimonio y riqueza espiritual. Por pensar de este modo y en estos tiempos que corremos, de borrachera moral, en que se quisiera arrancar cuanto de antiguo hay arraigado en la conciencia nacional, yo, que soy un Quijote que no se deja arrastrar por la corriente, y que prefiero, si es preciso, perecer luchando contra su impulso, reclamo un recuerdo, que es de justicia, para un nombre que no puede borrarse del corazón de las madres españolas: el del general D. Miguel Primo de Rivera. Antes que las Cortes Constituyentes concediesen el voto a la mujer, Primo de Rivera y Calvo Sotelo, se lo habían otorgado ya en el Estatuto municipal. (Grandes aplausos).

El Sr. Senante, días pasados, os hablaba del modo de organizar el sufragio femenino, del cual no se confesaba partidario. Yo no llego tan lejos. Aun reconociendo que la mujer tiene una misión fundamental dentro del hogar, y que el feminismo exaltado que predicán algunos tendrá sus peligros, hay dos hechos que motivan suficientemente la intervención de la mujer en las funciones públicas.

Si se admite—teoría muy discutible—el sufragio universal, no hay razón para negar el voto a la mujer, que es la que más sufre los efectos del desgobierno. La falta de trabajo, los perjuicios que al ciudadano pueden ocasionar disposiciones equivocadas, etc., donde repercuten de verdad en el hogar, pues los hombres, que guardamos el aparato de la cartera para la vida social, no le guardamos en la casa, y la mujer es quien recoge, en último término, los desahogos de nuestro mal humor. ¿Cómo, pues, no le va a interesar, incluso desde este aspecto, intervenir en la vida pública, que tantos trastornos y disgustos le proporciona?

Si estudiamos los orígenes de este derecho de la mujer a participar en las funciones públicas, encontramos dos hechos que lo explican. Uno remoto: el Cristianismo. Antes de Cristo la mujer era considerada como una cosa. Al Cristianismo debe la mujer su dignificación, su igualdad moral e intelectual, y de ahí que por mucho que sea su agradecimiento, nunca será bastante a compensar los esfuerzos que ha realizado la Iglesia para enaltecer, para mejorar, la situación de la mujer en la vida de todos los pueblos. (Aplausos).

Hay otro hecho más próximo, que también lo explica: la pasada guerra mundial, en que se agotaron todos los recursos, empleando, para combatir, en contra de las doctrinas de Cristo, el mayor refinamiento y saña. Fue entonces cuando la necesidad llevó a requerir a la mujer para suplir la acción del hombre en fábricas, servicios de tranvías, talleres, etc., y, aunque un poco hombrunizada, demostró que era capaz de prestar los mismos servicios que el varón. Después de esto, de haber sido requeridas y ejercer funciones tan poco gratas, se reconoció que era una sinrazón abominable no dárles también intervención en la vida pública. A partir de aquí se les ha concedido en casi todos los países el voto, derecho de que gozaban con anterioridad en algunas naciones, como Suecia, Noruega, Estados Unidos...

En España, el problema práctico que plantea la actuación de la mujer, es el siguiente: ¿Cómo va a organizarse, qué principios va a defender?... Hay que dejar asentado, desde luego, como incuestionable, que ante todo la mujer se convertirá en paladía de los principios religiosos. Y ello ha de ser así porque la Religión está consustancialmente unida a la entraña de nuestra nacionalidad, la cual no se formó en tiempos

de dominación, ajenos a una vida política independiente, sino en Covadonga, continuadora de la España de Recaredo; y después de Covadonga, durante ocho siglos, hasta que ondea la bandera nacional en las plateadas cumbres de Sierra Nevada; en la Reconquista, epopeya gloriosísima y única, que fundió en un todo indisoluble los nombres de cristiano y español.

El emblema de nuestra nación, constituido, engarzando la representación de estos dos principios, salta por encima de los mares y culmina su gloria en el descubrimiento de América. Cuando allí llegan Pizarro, Hernán Cortés, Núñez de Balboa, no piensan, al conquistarla, añadir sólo otros territorios al Estado español, sino también conseguir nuevos súbditos para Dios, para Cristo; y por eso, cuando toman posesión de aquellos dominios, lo hacen con la cruz de su espada, en el Nombre de «Dios Eterno, protector de la monarquía española». No fue una idea exclusivamente guerrera la que presidió aquella magna empresa colonizadora, sino una idea esencialmente religiosa y cultural. Detrás de los soldados iba el fraile, el misionero, para catequizar y enseñar a aquellos infieles, y hay una legislación maravillosa en las leyes de Indias que encierra el humanitario sentido colonizador de los españoles. (Estruendosa ovación).

Este magno espíritu de religiosidad, que alienta en la médula de la Patria española, llega a nuestros días, y así se da el caso de que cuando nuestros gobernantes anuncian por decreto que España ha dejado de ser católica, España, la España viva, les contesta celebrando la Semana Santa con una religiosidad, con un fervor más encendidos, más conmovedores que nunca, el cual cada vez se intensificará, y hará más y mejores católicos porque, antes, ahora y siempre, ha sido la sangre de mártires semilla de nuevos cristianos. (Atronadores aplausos).

Esos aplausos prueba cómo existe, hondamente arraigado, el sentimiento religioso en vuestras conciencias y con qué entusiasmo seríais capaces de defenderlo.

Porque, aunque doloroso sea el confesarlo, salvo raras excepciones, no se encuentra la continuación de aquellos nombres gloriosos de varón, que antes os citaba, y si no se han trocado los sexos, si las vestiduras, y hoy tropezamos con hombres tan alicados que parecen damas, mientras hay tantas mujeres de espíritu esforzado y alientos varoniles que parecen hombres.

Entusiasmo y religiosidad vuestra, que han de culminar, cuando llegue el caso, encauzando esa reacción del sentimiento religioso, para no tolerar que rija una Constitución que está en pugna con los sentimientos del país y en absoluta contradicción con el espíritu y la tradición de la Patria española. Se conculca en esta Constitución, como en ninguna otra, la libertad de enseñanza, y se dispone de los hijos, que son tan de la madre, tan de la familia.

En otros países el presupuesto de Instrucción Pública se aplica de un modo proporcional al sostenimiento de las escuelas de las distintas confesiones, y el Estado contribuye más a aquellas escuelas que tienen mayor número de alumnos. Lo que no se puede consentir es lo que ocurre aquí, en España: que con el dinero de 22 millones de españoles, de los cuales más de 21 millones son católicos, se quiera imponer una enseñanza que va en contra de la tradición de la Patria española; que se prepare un curso para el niño que no tiene por objeto descatolizar a la juventud española y convertirla en sierva de la masonería, del judaísmo y de todos los herejes. (Grandes aplausos). Si los herejes quieren defender sus doctrinas, que lo hagan con su dinero, pero es intolerable que lo estén haciendo con el dinero de los católicos españoles.

La escuela laica... se ha impuesto, pero no lo es en España. El orador refiere un acontecimiento que ha presenciado el día anterior. Camino de Yuste, se detuvo en un pueblecito toledano. Era el momento en que los niños salían de la escuela, invadiendo la plaza, una de esas plazas polvorizadas de los pueblos de Castilla.

Uno de los pequeñines, al salir de la escuela, saca afanosamente un crucifijo del bolsillo, lo besa y se lo prende en el pecho. Maravillado el conferenciante, se acerca y le interroga, y la contestación del niño fué explicarle, con la mayor ternura e ingenuidad, que el maestro, después de haberle hecho llorar muchas veces, le ha prohibido que lo lleve en la escuela; pero que él, en compensación, durante

el tiempo que tiene libre y permanece fuera del colegio, lo lleva siempre puesto encima del corazón. Interesado por el caso visita a la familia del niño, y los padres, labradores castellanos de la misma estirpe y abuelo de aquellos que ha reflejado en sus versos Gabriel y Galán, le refieren que en el pueblo todos piensan como ellos, en cristiano, pero que el maestro hace lo que hace amparado—según dice—por las leyes y la autoridad de los que mandan.

La tolerancia de este maestro toledano es ejemplar y característica de tantos que, como él, hebrán perdido la voz haciendo apología de tolerancia y respeto siendo su mayor escarnio.

Entonces el orador les enteró de una carta (que ha venido en la prensa y que lee al auditorio) dirigida por el ministro de Instrucción Pública al Sr. Gil Robles, y en la cual se afirma que no hay que confundir el laicismo del Estado con el derecho, perfectamente lícito, que tienen los alumnos, de ostentar los emblemas religiosos que sean de su preferencia.

Tenemos que proceder así para que se nos respeten un poco nuestros derechos: llevando en un bolsillo la carta del Ministro, y en el otro, el documento en que pedimos que se nos entierre cristianamente... y no os digo cómo hemos de andar en lo demás, porque si a mano viene es por alguna isla de nuestras posesiones de África. (Risas); ya veis en qué ha venido a parar aquella libertad que nos ofrecieron, aquellas promesas de convertir a España en un paraíso terrenal. (Aplausos ensordecedor).

Concretando... Las mujeres españolas, con vuestra actuación, habéis de defender la religión, la libertad de enseñanza según las normas de los Pontífices, la unidad de la familia. Decid todo esto por supuesto. Y ahora un consejo pensando que la unión hace la fuerza: no debe existir más que una organización de mujeres, lo cual es fácil en vosotras, porque no estáis separadas por anteriores luchas políticas. No cabe que haya mujeres liberales, conservadoras, etc., sino mujeres españolas que creen en Dios y en su patria. No fiéis nunca en soluciones del tipo Lerroux o Maura—porque, sin contar con antecedentes—en un año de actuación, ya han puesto de relieve lo que puede esperarse de ellos.

Con la unión os aconsejo que fomentéis asociaciones de tipo mutualista, favoreciendo el recíproco auxilio entre vosotras, según aquel lema: «uno para todos y todos para uno».

Y con esto abordamos la realización de funciones de índole social, pues cuando haya terminado la acción política de la mujer, no debe ésta recluírse definitivamente en el hogar, sino derramarse al exterior conquistando al prójimo con amor y caridad; llevando la efusión de vuestra ternura al enemigo de ayer, que no lo era más que en la política, pues nosotros, siguiendo la expresión del Espíritu Santo no queremos el exterminio ni la muerte de nadie; sino que todos se conviertan y vivan.

Las mujeres habéis de establecer esta confraternidad entre todas, borrando las distancias que separan las clases, no para llegar a lo que quieren los comunistas, igualar a todos en la miseria, sino de modo que las mujeres de las clases elevadas se acerquen a las menesterosas, conozcan sus necesidades y las socorran.

Otra cosa he de aconsejar a las mujeres, la capacitación para su actuación pública. Se ha de preparar no sólo para emitir el voto, sino para ser elegida. Aunque haya algunas inteligentes, no tienen la necesaria educación política, y es preciso pensar en dársela. Que han de surgir estas mujeres capaces de representar a sus compatriotas, el orador lo espera conociendo el buen sentido de la mujer española; y tanto más, cuanto que ya existen ejemplos de mujeres relevantes: la Srta. Careaga, María Urraca Pastor, Cristina de Arteaga...

Las personas, y sobre todo las mujeres, que piensan como nosotros están en mayoría; pero de ahí a cantar el triunfo de las derechas hay alguna distancia. Existe una masa de mujeres izquierdistas, menores en número, pero con un desdén de que ya han dado pruebas en las pasadas elecciones. Es preciso que las mujeres de la derecha demuestren igual dinamismo que las damas rojas, aunque empleando otros procedimientos y lenguaje.

Es error corriente presentar como único enemigo al comunismo, cuando hay otro más peligroso: el que ha dirigido un año los destinos de España. Sobre esto el se-

ñor Senante opinó en Valencia algo que es interesante conocer. Afirmaba que no es norma de buen católico el acatamiento voluntario al poder constituido, sino la sublección, que no es lo mismo. Por el acatamiento excesivo de los católicos franceses pudieron realizar los gobiernos la perniciosa obra cuyos efectos han durado tanto, y de la cual se lamentaba el Papa León XIII en la carta que dirigió al presidente M. Laubet.

Y es que la generosidad ha de ser recíproca, porque si no, se llega a un sacrificio en que el más egoísta triunfa del más abnegado. El orador expone su opinión de que los tres conceptos Dios, Patria y Monarquía marcan el camino del progreso nacional. Tiene confianza de que España recobre su fisonomía, por la esperanza que le infunden dos factores: las mujeres y la juventud. Las mujeres por su instinto, por su fortaleza y abnegación; porque no esperan nada de la política y lo van a dar todo; y los jóvenes por su entusiasmo, por su entereza, por su valor; mujeres y jóvenes que a veces son llevadas a la cárcel por dar ejemplo cívicos, en tanto que Casanellas, el asesino de Dato, es conducido a la frontera con las consideraciones de un caballero; y buen número de comunistas—algunos puestos ya en libertad—son paseados por el atlántico en un yate de recreo.

Termina el orador parafraseando unas bellas palabras: No importa que los viejos duerman; lo malo es que haya pueblos que, como los viejos, sólo piensen en dormir sin soñar. Dejádles que sigan durmiendo; vosotros a dormir y a soñar; a creer y a trabajar, que el trabajo, embobeca, y forjando las almas con un temple nuevo, las hace más puras, mejores...

Clinica Oftálmica

(Con camas para operados) Cava Baja, 10.—Tel. 54271 MADRID DIRECTOR: DR. JESUS GALINDEZ

Las conferencias en Palafox

Mañana, domingo, a las doce en punto, darán dos conferencias en el salón de las escuelas de Palafox, previa invitación de Agrupación Ciudadana y Agraria, los elocuentísimos oradores D. Cirilo Tornos y D. José María Arauz de Robles, y por la tarde, a las cuatro, dará también otra a la Agrupación de Acción Nacional Femenina el primero de los citados conferenciantes.

A las conferencias de la mañana están invitadas la Asociación de Padres de Familia, todos los miembros de Agrupación Ciudadana y Agraria, las Juventudes Franciscana y de Acción Nacional y la Asociación de Estudiantes Católicos.

La presentación de los oradores, en las conferencias de las doce, estará a cargo del distinguido letrado y fogoso propagandista de nuestros mítines D. Conceso Coso Langa.

A nuestros suscriptores

Oportunamente llamamos la atención del señor Administrador de esta principal de Correos en orden a las quejas de algunos suscriptores, porque se repite con frecuencia el caso de no recibir el periódico. El señor Administrador se dignó atender amablemente nuestro ruego y tomó las medidas oportunas para corregir la falta que le denunciáramos. Esto no obstante, conviene que los suscriptores, que no reciben el periódico, lo pongan en nuestro conocimiento a fin de cumplimentar el mismo oficio que el señor Administrador de esta principal de Correos se dignó enviaros.

Buen negocio. Vendo único enemigo al comunismo, cuando hay otro más peligroso: el que ha dirigido un año los destinos de España. Sobre esto el se-